

Ciao, Güiyermo, arrivederci!

Víctor A. Nava Marín

Alentado quizá por tu natural espíritu explorador, errante, por alguna razón, *Güiyermo*, saliste de tu natal Guadalajara, y tras algunos avatares, pese a su mojigata gente, te afincaste en la tierra toluqueña para dar cauce a tu propensión poética, destilando las palabras precisas, claras, con las que formaste profundas y bellas líneas, frases, ideas. Aunque a veces las usaste también para echar pestes y diatribas contra la ignorancia y la estupidez de quienes representan la ofensa y la ignominia (“Hasta un diputado lo entiende”), o bien, para reconocer o alentar algo que mereciera tu aceptación o agrado, sobre todo la acertada participación de tus talleristas (“*iBravo!*”/ “*iBrava!*”), pero nunca para la adulación o el falso halago, pues si algo te caracterizó fue no ser hipócrita ni ensalzador.

No fuiste el convencional académico (estabas orgulloso de ello), pero enseñaste más de lo que se puede enseñar en una escuela, ya fuera sobre poesía o a traducir el italiano. Recuerdo que cuando me invitaste a tus talleres, un tanto apático te respondí: “A ver”. Porque no me llamaban la atención, en especial los literarios. “Entonces ve al taller de traducción del italiano —me exhortaste—, tal vez ése sí te pueda interesar”. “Bueno —te respondí más bien por compromiso—, puede que a ése sí vaya, pero al de poesía de plano no creo”. “Está bien, entonces ahí nos vemos. Te espero”, me insististe de nueva cuenta antes de despedirnos.

Algunos días después de esta breve e informal conversación, en parte por compromiso y en parte por cierta curiosidad de acercarme al idioma de Dante, me incorporé a tu taller, el cual, auspiciado entonces por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Instituto Mexiquense de Cultura, impartías en el Museo de Bellas Artes de Toluca.

—Ah, siempre sí te animaste —me dijiste cuando entré al recinto donde, ante diez o doce talleristas, exponías de manera cordial y amena tus no clases, o más bien tus entusiastas y provechosas enseñanzas, advirtiéndonos (como lo harías cada vez que alguien se incorporaba al taller) que tú no eras profesor y que realmente

no íbamos a aprender a hablar italiano—. Se trata más bien —aclarabas— de que aprendan a traducir y se acerquen a los textos de los grandes autores italianos.

Al poco tiempo, y a pesar de que no sería uno de tus más aventajados discípulos, me convencí de que había tomado una decisión acertada y de que no desaprovecharía el tiempo, como suele ocurrir en ciertos talleres, de los que siempre he sido muy escéptico. Así, a pesar de no haber asistido con la frecuencia que debiera o hubiese deseado, empecé a aprender los pronombres y los verbos (*io, tu, egli...*; *amare, avere, sentire...*), las adjetivaciones y los adverbios (*bella, caro, brutto; sul, dopo, verso...*), las conjugaciones que me permitieron empezar a entender los textos (sobre todo literarios y de poesía) que nos llevabas para traducir.

A diferencia de quienes asistían con mayor frecuencia y adquirían mayor práctica, llegué a sentirme fuera de ritmo, más aún por mi problema visual, que me impedía concentrarme en los textos. Sin embargo, cuando terminaban aquellas sesiones de los lunes (las de poesía eran los viernes), tenía la impresión de salir enriquecido por tus antiacadémicas, pero lúcidas, orientaciones con que nos enseñabas las claves del italiano, por los comentarios y anécdotas que contabas de tal o cual cosa antes de empezar tu exposición o cuando te llegaba alguna de tus inesperadas digresiones, las que conectabas de manera inmediata con el tema que tratabas. Sí, cuántas veces se te ocurrían cosas en medio de alguna explicación y dejábamos que las contaras, porque siempre llevaban algún plus de información que enriquecía o complementaba tus disertaciones: lo de tus experiencias con los escritores y poetas cuando estuviste en Italia; lo del poema que Lucía Méndez le desdeñó, con explicable torpeza, a Rubén Bonifaz Nuño, y tantas otras cosas.

Mucha gente pasó por tus talleres, abrevando de tu conocimiento. Algunos, incluso los más interesados e insistentes —Anita, quien venía del Distrito Federal, Sonia, Celene y, recientemente, Ulises—, empezaron a impartir clases de italiano; otros —como yo—, aunque aprendimos sólo lo necesario de la traducción, fuimos receptivos al complementario conocimiento —literario y de la vida— que nos compartías con tus sabios comentarios.

Y aunque por una cuestión más bien personal, y tal vez equivocada (para mí la poesía es un acto íntimo, individual, que no debe ser tallereado), lamento no haber asistido nunca a tu taller de poesía, crisol de poetas donde éstos se iniciaban o formaban bajo tu estimulante guía. Tal vez con tu consejo pude haber aprendido, si no la esencia, sí las técnicas y las claves de la creación poética.

Hipócritas, ignorantes, incapaces, diputados, por no decir todos los políticos y funcionarios de la cultura, incluidos algunos de tus amigos, fueron blanco favorito de tus (in)ofensivos vituperios y diatribas, en el fondo más bien ociosas ocurrencias de tu característica animadversión por esta especie.

Y a pesar de tu presumible misoginia (bueno presumible no, puesto que nunca la negaste), no dejaste de aceptar a algunas mujeres, a las que llegaste a tratar incluso con afecto, respeto y hasta admiración, reconociéndoles su interés por la traducción del italiano (Anita, Sonia, Celene), su sensibilidad literaria (Celene, la Barcarola; Macarena Huicochea, Rebeca y Martha Alicia) o su profesionalismo como editora (la entrañable Vicky).

Enorme deuda tenemos quienes, además de discípulos, tuvimos la suerte de ser tus cuates, tus amigos. ¿Quién nos puede quitar el haber llegado a compartir contigo en plena clase —cuando la ocasión lo ameritaba y de manera clandestina— algunos vinitos y hasta un rico pulque (¿lo recuerdas?), el haber tenido en tu casa o en la de Magda alguna reuñioncilla con el grupo? Por mi parte, te agradezco el interés con el que, luego de que me habías reprochado (de broma, por supuesto) haber caído en la ‘baja pasión’ (“Ya cayó éste en esas tentaciones”), me preguntaste afectuosamente por mi recién nacida hija (“Cómo está y cómo se llama tu niña. ¿Te das cuenta de la responsabilidad y el gran compromiso que tienes ahora?”).

Cuánto te debemos, *Güiyermo*, tus cuates y amigos, los promisorios o consumados poetas que formaste, así como los lectores —frecuentes o probables— de tus rigurosos poemas y valiosas traducciones, las que, entre otros estímulos (para ti insignificantes), te llevaron a que fueras considerado como el mejor traductor de italiano y que fueras condecorado por el gobierno de la República Italiana con la Orden de Comendador 2001, cosa que, en congruencia con tu antiolemonidad y manera de pensar, no representó para ti más que un acto oficialista al que tuviste que asistir por cortesía y para convivir con tus amigos poetas.

Tanto en Italia como en México fuiste amigo de importantes exponentes de las letras. Y no sólo eso, por lo que nos llegaste a contar (anécdotas, consultas mutuas con ellos), entendemos que estabas muy a la altura de los poetas y escritores italianos contemporáneos tuyos, quienes reconocían tu labor de traducción, lo que ha permitido y permitirá conocer entre los lectores en español a no pocos autores italianos.

Inconforme e irreverente, viviste la vida en entera libertad y a tu antojo, desde que, a los cinco años, te saliste de tu casa para enfrentar la realidad, experimentando cosas que habrían de marcar tu destino, desde jugar fútbol (perdón, el *calcio*) y trabajar como publicista, hasta conocer a Carlos Pellicer, tu iniciador y guía literario, o viajar a Italia, donde durante cinco años, aprendiendo el idioma italiano, ganaste el respeto y la amistad de tus colegas.

Mucho lamento, debo decirlo con pena ajena, haberte sugerido para que impartieras alguna clase de literatura (preceptiva, quizá), o tal vez el taller de traducción del italiano en la Facultad de Humanidades; cosa que, aunque de manera verbal, había sido aceptada por el director de la facultad y habías recibido tú con entusiasmo, no fue posible concretar, por falta de papeles probatorios



De la serie *Velos*. Acrílico sobre madera:
Martha Delgado Ponce.



De la serie *Velos*. Acrílico sobre madera:
Martha Delgado Ponce.

(título, posgrados...), que poco o nada habrían probado tu sobrado conocimiento y capacidad, pero que académicamente eran “indispensables” (¿?). Qué pena, aunque tú lo hayas tomado sin sorpresa y con serenidad, es una lástima que la facultad no haya podido contar con tu valioso aporte.

Cuando me diste la noticia de que no había sido posible, no supe qué decirte. Por fortuna no lo tomaste a mal, y hasta externaste alguno de tus sarcásticos comentarios: “Y qué querías, si yo no tengo ninguno de esos papelitos. Yo soy autodidacta. No sé enseñar ni me importa hacerlo con reglas o métodos académicos”.

Y en cuanto a los tolucos, provocadoramente nos definías como taimados, mustios, hipócritas, malalache, hablaquedito. “No todos ni sólo los tolucos”, te reclamé alguna ocasión; aunque en el fondo, y ante la constante evidencia, no podía uno más que estar de acuerdo contigo.

Porque no debo ni tengo la autoridad para hacerlo, no quisiera caer en el común halago a tu fundamental y fructífera labor como poeta, traductor, editor..., puesto que ésta habla por sí sola. Prefiero despedirme de ti con una copa de vino (¡Salud!), evocando el soberbio poema de Salvatore Quasimodo de tan sólo tres líneas:

*Ognuno sta solo sul cuor della Terra
trafitto da un raggio di sole:
ed è subito sera.*

Poema (¿premonitorio acaso?) cuya traducción tuya satisfizo tanto al propio autor, quien —según nos lo contaste alguna vez— te festejó el contundente final que le diste en tu espléndida versión (¡Bravo!):

Cada uno está solo sobre el corazón de la Tierra
traspasado por un rayo de sol:
y de pronto la noche.

Y qué decir de tu lado humano, demasiado humano, que te hizo sentir hondamente, primero la fatal muerte de la malograda Celene, y luego el lamentable deceso de la querida amiga Vicky, o bien, que se advierte en tu sensible tono poético.

Oj-Alá no descanses en paz, *Güiyermo*, y estés gozando la gloria del infierno, acompañando a Horacio, a Dante y a otros memorables de las letras. ¡Salud! de nuevo y *arrivederci*.

VÍCTOR NAVA MARÍN. Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas (UNAM). Tras tomar algunos cursos de actuación y laboratorio teatral (en el CADAC, el CUT y el Laboratorio de Artes Escénicas de la UNAM), forma, en 1980, el grupo de teatro Drao/UAEM. Ha sido corrector de estilo en el Fondo de Cultura Económica, Publicaciones Cultural y Comunicación Social del gobierno estatal; jefe de redacción de las revistas *La Grapa* (independiente) y *Castálida* (IMC). Coautor (junto a Esvón Gamaliel) del libro *Para conjurar la desmemoria: Más de tres décadas de teatro en la UAEM*. En la UAEM fue creador de los proyectos “Diálogos bajo la Mora” y Premio Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”.